



La Santa Sede

***DISCURSO DEL PAPA PABLO VI
A LOS MIEMBROS DE LA CONFERENCIA PARLAMENTARIA
DE LA ASOCIACIÓN DE LA COMUNIDAD
ECONÓMICA EUROPEA
Y DE LOS ESTADOS AFRICANOS Y MALGACHE (CEE-SAMA)****

Jueves 9 de diciembre de 1965

Estimados señores:

Somos felices de recibir en Nuestra morada a los miembros de la Conferencia Parlamentaria de la Asociación de la Comunidad Económica Europea y de los Estados Africanos y Malgache, asociados a esta Comunidad. A cada uno de vosotros va Nuestro saludo de bienvenida; a cada uno abrimos las puertas de Nuestra casa. Quisiéramos decir lo que el visitante de la ciudad de Siena puede leer sobre el arco de una de sus puertas: «Cor magis tibi Sena pandit». Más que Nuestra puerta, es Nuestro corazón el que deseamos abriros.

Es un solo y único saludo que dirigimos a tactos, a los unos y a los otros, que formáis ese nuevo Parlamento, esa original Asamblea, en el seno de la cual resuena la voz de países y continentes diferentes.

¡Europa y África! Dos continentes, uno como el otro ricos de historia y cultura, uno como el otro agobiados de graves problemas. La solución de éstos será facilitada por la búsqueda continua de una armonía fraterna y por una activa cooperación que respete la libertad y la dignidad de todos. No obstante el pasado, es el porvenir el que hay que construir con firmeza. También conviene estudiar con atención lo que hay que hacer, hoy y mañana, por el bien de los pueblos de Europa y África. ¿Por qué medir el dar y el tener cuando lo importante es unir los lazos, no solamente de vecindad, sino de fecunda cooperación?

Los esfuerzos realizados y el éxito obtenido en la obra de colaboración entre la Comunidad

Económica Europea y los Estados asociados de África y Madagascar, confirman la oportunidad y la exactitud de la gran iniciativa que vosotros habéis emprendido. La Iglesia, como vosotros bien sabéis, ha siempre fomentado todo lo que puede contribuir al refuerzo de la paz y a la cooperación entre los pueblos. Cuando naciones europeas, especialmente aquellas cuyas relaciones fueron anteriormente señaladas por luchas y guerras fratricidas, comprendieron que era necesario, a toda costa, poner fin a la violencia y al odio y promover el progreso y el bien común, por el acuerdo y la armonía recíproca, la Iglesia aprobó esta nueva orientación con regocijo. El porvenir de Europa y África se había inscrito en el desarrollo de lo que ya había sido emprendido.

Las dificultades no faltan, ciertamente, pero lejos de provocar desaliento, suscitan un renovado coraje para vencerlas. Es necesario por lo tanto, avanzar con valentía hacia el futuro y tenemos el placer de repetir las palabras que dijimos a los representantes de las Naciones Unidas en nuestro viaje a Nueva York: «El edificio que habéis construido no deberá jamás caer en ruinas; deberá ser perfeccionado y adaptado a las exigencias que la historia del mundo presentará».

Esas exigencias son la unión, sin tregua, entre naciones y continentes. Vosotros lo habéis comprendido bien: es la razón de vuestra común presencia esta mañana. Permitidnos deciros: somos sensibles a vuestra iniciativa; muchos lazos han sido establecidos entre vuestros pueblos, vínculos a los cuales la Iglesia Católica, como sabéis, no es ajena. Entre vosotros y nosotros hay reciprocidad de dones y marcha hacia la paz. La Iglesia aprueba todo lo que contribuye al progreso civil y social y también Ella trabaja, a su manera, en este campo. Su mensaje de amor y de paz, lo decíamos hace dos días a los representantes de más de ochenta naciones que asistían a la clausura del Concilio Ecuménico, es al servicio del verdadero bien de los hombres. Estimula todo lo que acerca los corazones y une las voluntades para construir un mundo pacífico donde cada pueblo puede encontrar el lugar que le corresponde en el conjunto de las naciones.

En la vía del desarrollo progresivo y orgánico que vosotros habéis escogido, cada uno debe dar y recibir en una solidaridad siempre creciente. Puedan vuestros generosos esfuerzos, Señores, despertar una fecunda colaboración entre todos los hombres de corazón y encontrar el éxito que merecen. Es Nuestro deseo más ardiente. Presentándoos Nuestro especial saludo, apelamos sobre todos aquellos que trabajan por el desarrollo africano y la unión europea, por la colaboración desinteresada y recíproca entre África y Europa y por la paz del mundo, la abundancia de la ayuda divina, en nombre de la cual os damos Nuestra especial Bendición Apostólica.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana